

“TODOS LOS PASAJES DE LA ESCRITURA QUE SE REFERÍAN A ÉL”: LOS SALMOS EN LA ORACIÓN CRISTIANA¹

Jeremy Driscoll, OSB²

A lo largo de más de cuarenta años de vida monástica, he salmodiado los salmos durante horas en el coro prácticamente todos los días con mis hermanos monjes. Estas grandes oraciones han impregnado mi vida, y ahora me encuentro deseando compartir aquí algo del marco o de las pautas que he empleado para dar sentido a estos antiguos textos pre-cristianos como un camino de oración en mi vida de cristiano. He tomado mis pensamientos de las Escrituras y de autores monásticos y patrísticos, pero ya los hice míos, y les hablo desde mi propia experiencia. Quiero dar testimonio de las gracias que me han sido concedidas al rezar los salmos.

La presencia de Cristo resucitado

Cuando canto los salmos en el coro monástico, experimento muy intensamente la influencia del relato de Lucas de la aparición del Señor resucitado a los discípulos en el camino hacia Emaús. *El Señor les explicó todos los pasajes de las Escrituras que se referían a él (Lc 24,27)*. Y su lección es resumida así: “¿No era necesario que el Mesías padeciera todo esto [la cruz] y entrara así en su gloria?” (Lc 24,26). El Señor resucitado está presente de la misma manera en

1 Artículo publicado en: *The American Benedictine Revue*, 67:2, junio 2016. Apareció primero, de manera ligeramente diferente, en *Religious Life Review* (Irlanda), 266 (Enero, 2011) 7-17; 269 (Julio, 2011) 219-28. Traducción del inglés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina.

2 El P. Jeremy Driscoll, osb, es un monje de Mount Angel Abbey, St. Benedict, Oregón, USA. Enseñó durante muchos años tanto en el Seminario de Mount Angel como en San Anselmo, en Roma. Recientemente fue elegido abad de dicha Abadía.

los cristianos que rezan los salmos: *él abrió sus mentes para que comprendieran las Escrituras (Lc 24,45)*. Sus corazones ardían en su interior cuando les hablaba a lo largo del camino y les explicaba las Escrituras (*Lc 24,32*).

Vale la pena recordar que lo que estos dos discípulos estaban conversando cuando el Señor resucitado se les unió, era su desilusión respecto de la cruz y su falta de comprensión de la misma (*Lc 24,21*). Muy a menudo ese es nuestro propio punto de partida para orar cuando comienza cualquier hora del Oficio Divino. Pero poco a poco, a medida que los versículos y las horas pasan, el Señor resucitado abre nuestras mentes e interiormente nos dice: *Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí (Lc 24,44)*.

En mi oración de los salmos, siempre busco ese *todo*, y encuentro que el misterio es inagotable. Un versículo del salmo que pude haber rezado por décadas y que puede haberme ya proporcionado mucha intuición, puede de repente revivir todavía en mí de una manera completamente nueva. Este es el Señor resucitado presente para mí. Esa presencia será nueva, pero siempre estará ubicada en algún punto dentro de esta pauta: *el Mesías tenía que sufrir así para entrar en la gloria*. En otras palabras, de alguna manera cada salmo trata en última instancia acerca de esto, y rezarlo es quedarse dentro de la hora de su muerte y de su resurrección que nunca pasan.

Interpretación cristiana

Este es el marco en el cual tiene lugar una interpretación cristiana de los salmos. Esto incluye el sentido del salmo en su contexto histórico original, pero ese nivel de significado ya estaba expandiéndose enormemente cuando Israel rezaba los salmos en otros contextos históricos a lo largo de los siglos. Cuando Jesús mismo rezó los salmos, junto con sus compañeros judíos, a lo largo de su vida terrenal, el significado de cada salmo se amplió aun mucho más allá de su contexto original. Esto se debe a que en Jesús en oración hay oculto un gran misterio: en un lenguaje humano, tomado (los salmos) de la cultura de Jesús, la Palabra eterna continúa en la carne el diálogo de amor entre Él mismo y su Padre, diálogo que ha existido desde toda la eternidad. Al orar así, Jesús de Nazaret –la Palabra hecha carne– cumple la historia de Israel y cada salmo en Sí mismo. El cristiano que reza los salmos entra en este mismo espacio, o dicho de otro modo: este es el nivel de significado del salmo hacia el cual el Señor resucitado abre la mente de la persona en oración. Los autores patrísticos y monásticos, en sus

comentarios, exponen este significado en salmos determinados y en versículos determinados de los salmos.

Así, la interpretación cristiana comienza con una pregunta semejante a esta: “¿Qué habría significado este salmo rezado en la vida terrenal de Jesús?”. Y continuará tendiendo a llevar en última instancia a todos los salmos hacia el centro de la cruz y la resurrección, hacia *el Mesías tenía que sufrir así para entrar en su gloria*. Pero la interpretación no termina aquí, pues la propia oración de Cristo se extiende ahora a los que creen en él y comparten su vida. Las palabras de Cristo se encuentran ahora en nuestros labios, y por lo tanto deben también interpretarse en el contexto de las pautas de desarrollo de nuestras propias vidas, las que siempre serán de alguna manera una versión de la única y sola historia a la cual toda vida cristiana se conforma: la cruz y la resurrección.

La vida histórica de Jesús podría ser caracterizada como un diálogo íntimo entre Él y Aquel a quien llamó Dios y Padre. Este diálogo tuvo lugar, entre otras maneras, con las palabras de los salmos. En la muerte de Jesús el diálogo alcanza su punto más alto. “*Dios mío, Dios mío*”, reza con las palabras de un salmo, “¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46, citando Sal 21[22],2). Pero esta agonía hasta morir está también marcada por el hecho de su total entrega con completa confianza al Único que puede salvarlo, como él mismo reza desde otro salmo, “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23,46, citando el Sal 30[31],6). El Padre por su parte, también se entrega a sí mismo en un diálogo de amor con su Hijo muy amado haciéndolo resucitar de la muerte. Esto también es el significado final de un salmo completamente hecho realidad. San Pablo expresó este hecho enérgicamente en su predicación cuando dijo, *lo que Dios prometió a nuestros padres, lo ha cumplido para nosotros, sus hijos, al resucitar a Jesús, como está escrito en el salmo segundo: “Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy”* (Hch 13,33, citando Sal 2,7).

Jesús, resucitado de la muerte y ascendido a los cielos, da sin cesar gracias a su Padre por su glorificación, y sus mismas heridas provocan la venida del Espíritu sobre toda la humanidad. El Espíritu pasa inmediatamente desde Jesús glorificado a sus fieles seguidores y los introduce en el diálogo íntimo que, existiendo desde toda la eternidad, continúa ahora por toda la eternidad desde la naturaleza humana del Señor crucificado y ascendido a los cielos. Todos los salmos de acción de gracias y de alabanza se cumplen finalmente aquí en el canto incesante de acción de gracias de Jesús. Cuando los cristianos rezan estos salmos, se unen a Jesús en esta incesante acción de gracias. *Hay cantos de victoria en las tiendas de los justos... No he de morir, viviré... Te doy gracias porque me escuchaste... la piedra que desecharon los arquitectos, es ahora la piedra*

angular... Este es el día que hizo el Señor; sea nuestra alegría y nuestro gozo (Sal 117[118], 15. 17. 21. 22. 24).

Hay 150 salmos, y nosotros cristianos los rezamos todos y los rezamos una y otra vez. ¿Por qué? Porque son una expansión del diálogo íntimo entre el Padre y el Hijo. Revelan detalles de ese diálogo íntimo. Pero hay más aun. Los salmos que una vez pronunció el Jesús terrenal con su corazón y con su boca, se encuentran ahora en nuestros corazones y en nuestros labios. Así su oración se convierte en la nuestra, y ¡esto es asombroso!, Jesús utiliza nuestros corazones y nuestros cuerpos para continuar su incesante acción de gracias al Padre.

Una tradición de interpretación

Para que los salmos signifiquen todo esto en nosotros, cristianos en oración, se requiere algún esfuerzo para interpretarlos. Es este un modo de oración que necesita ser aprendido y que debe practicarse continuamente. Pero en esto nos guía una tradición muy rica. Trataré aquí de resumir algunas corrientes de esa tradición, ciertamente sin pretender indicar todos los posibles enfoques que han sido tomados en la comunidad cristiana a través de los siglos. Un enfoque que encuentro de gran ayuda es prestar atención en un salmo determinado a la pregunta: ¿Quién está hablando a quién?. Parece ser, a grandes rasgos, que hay tres posibilidades. Muy a menudo el salmista habla directamente a Dios: *Oh Dios, ven en mi ayuda*, por ejemplo (Sal 69[70],2). Con menor frecuencia, pero siempre impactante cuando ocurre, se oye la propia voz de Dios que se dirige al salmista o a la comunidad o al rey: *Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy*, por ejemplo (Sal 2,7). U otras veces, con bastante frecuencia el salmista está hablando en términos generales a la comunidad o al que escucha o al lector: *Grande es el Señor, y muy digno de alabanza*, por ejemplo, (Sal 47[48]1).

En la clave cristiana en que estoy hablando, estas tres posibilidades se trasladan de la siguiente manera: primera, el Hijo hecho carne que habla a su Padre; o, segunda, el Padre que habla a su Hijo; o, tercera, la voz del Hijo que revela a la comunidad las grandezas de su Padre o que conduce a la comunidad en su oración. En cada uno y en todos los casos, los cristianos que rezan los salmos son introducidos en esta dinámica. Como ya dije, Cristo utiliza nuestras voces para dirigir su palabra al Padre. El Padre, por su parte, nos incluye en cada palabra que dirige a su Hijo. Nosotros seguimos el ejemplo del Hijo y compartimos sus mismos sentimientos cuando él proclama las grandezas del Padre que lo resucitó de la muerte.

Voy a ofrecer algunos ejemplos en un momento, pero la interpretación cristiana se fortalece mucho más si prestamos atención también a algunas otras dimensiones del salmo que está siendo rezado. Una de ellas es tener en cuenta el momento del día, semana o año del empleo del salmo por la comunidad cristiana. Otra, es tener en cuenta el momento determinado y la historia de la persona o de la comunidad que reza el salmo en esa hora particular. Quién está hablando a quién, en qué momento, en qué circunstancias concretas –todo esto forma la intrincada red de la interpretación cristiana–; y prestando atención a todo esto, el Señor resucitado se hace aun más presente a cada comunidad determinada o a cada individuo que reza los salmos. Los acompaña en el camino, escuchando su conversación e incluso su desilusión, y entonces abre sus mentes para que entiendan el salmo como referido a él, a su cruz y resurrección y a esa cruz y resurrección en sus propias vidas.

Ejemplos de interpretación

Me gustaría ofrecer algunos ejemplos ahora de esta clase de interpretación. Tendré espacio para unos pocos, pero las pautas que estoy ofreciendo aquí han sido probadas a lo largo de siglos para aplicarlas sobre cada uno y todos los salmos y descubren precisamente cómo es en un salmo determinado la búsqueda de los tesoros que están escondidos en su interior. Comencemos con el versículo *Oh Dios, abre mis labios y mi boca proclamará tu alabanza (Sal 50[51],17)*. El salmista le está hablando a Dios. Este salmo es utilizado por la Iglesia en la primera hora de oración del día y a menudo es pronunciado durante la oscuridad de las primeras horas del día. Por lo tanto, es el Hijo hecho carne quien se dirige a su Padre en la cúspide entre la oscuridad y la luz, en la cual fue resucitado de la muerte. Es casi como si el cuerpo sin vida de Jesús en la tumba, de algún modo, por medio de su silencio “dijera” estas palabras y rogara a su Padre que lo resucite, para poder así proclamar sus alabanzas. Pero ahora estas palabras se encuentran en nuestros labios y es así como comenzamos un nuevo día. Y entonces, en un sentido, captamos que nuestro nuevo día es nada menos que nuestro propio ser que es resucitado por el Padre con su Hijo y que todo lo que va a pasar por nuestros labios en lo que sigue de esta oración, será la incesante acción de gracias que el Hijo ofrece por su resurrección.

Esta es la clase de reflexión sobre un versículo que abre la primera hora de oración; pero, podemos interpretar salmos completos por medio de estos mismos lineamientos. Muy a menudo el salmo abre a la revelación de detalles

y dimensiones de la experiencia de Jesús en algún punto de su Pasión o dando gracias por su resurrección. *Desde lo hondo a ti grito, Señor*: esta expresión con la cual se abre el Salmo 129(130), sugiere que todo el salmo puede ser una revelación de la oración de Jesús durante su agonía. Rezado en la Oración de la Tarde, esta hora nos hace acordar de la hora de su muerte. Algunas liturgias también rezan este salmo en Navidad, lo cual sugiere que la Pasión está ya en marcha desde el momento de la Encarnación del Señor y lo hondo desde donde clama, son todas esas “*cañadas oscuras*” de nuestra existencia terrestre, caminando a través de las cuales el Señor pudo tal vez orar a su Padre, *nada temo, porque tú vas conmigo* (Sal 22[23],4). Pero estas revelaciones en el misterio de la oración de Jesús a su Padre, significan todo un legado para los cristianos que rezan los salmos. Desde lo hondo de nosotros mismos, en nuestras cañadas oscuras, la mismísima voz de Jesús reza en nuestra propia voz.

Algo similar sucede con los salmos asociados tradicionalmente con la resurrección. El salmo de resurrección por excelencia es el salmo 117(118), algunos de cuyos espléndidos versículos fueron citados más arriba. Todo este salmo, cantado tradicionalmente en los *Laudes* de Pascua y a lo largo de toda la Octava, sin mencionar su canto cada domingo, puede ser interpretado como la revelación del himno de triunfo del Señor resucitado que da gracias a su Padre por su resurrección. *En el peligro grité al Señor, y me escuchó poniéndome a salvo... Tú eres mi Dios, te doy gracias, Dios mío, yo te ensalzo* (Sal 117[118],5. 28). Yo llamo a esto la “revelación” del himno y la acción de gracias del Señor. Esto es lo que los salmos hacen: revelan detalles de la estructura básica de la historia que conocemos; concretamente, que Jesús sin duda da gracias a su Padre. Pero ¡aquí están sus mismísimas palabras! ¡Aquí están sus mismísimos sentimientos! Sin embargo, no dejemos de recorrer todo el camino con nuestra interpretación. Cuando este canto está en nuestros labios el Día de Pascua o en cualquier domingo, es precisamente rezándolo como nosotros también entramos en la resurrección de Cristo y experimentamos nuestra participación en ella.

Tomemos ahora un ejemplo de algunos salmos donde la propia voz de Dios es escuchada como un oráculo pronunciado por el salmista. Hemos sugerido que en la clave cristiana de interpretación, esta sería la voz del Padre dirigida a su Hijo querido. Así, en las Vísperas del domingo, cuando estamos celebrando la resurrección del Señor, las primeras palabras que tradicionalmente oímos son *Dijo el Señor a mi Señor: “Siéntate a mi derecha y haré de tus enemigos estrado de tus pies”* (Sal 109[110],1). Esto puede ser entendido como una “revelación” de las mismísimas palabras con las que el Padre resucitó a Jesús de la muerte. Algo similar fue dicho por san Pablo en el pasaje ya citado de *Hch* 13,33: *...al resucitar*

a Jesús según lo que está escrito en el salmo segundo, “Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy”. El Padre resucita a Jesús con las palabras “Tú eres mi hijo”. El oráculo de la voz divina pronunciado primero para David en el Salmo 88(89) sin duda encuentra su cumplimiento en Jesús en el día de la resurrección: Él me invocará: “Tú eres mi padre, mi Dios, mi roca salvadora”, y yo lo nombraré mi primogénito, excelso entre los reyes de la tierra (Sal 88[89],27-28). Pero tomemos la interpretación de manera completa. Cuando cantamos estos salmos, oímos estas palabras como dirigidas también a nosotros. A nosotros nos dice: “*Siéntate a mi derecha. Yo te he engendrado hoy*”.

El salterio también abunda en ejemplos de la tercera forma de oración que hemos presentado, esto es, el salmista que habla en términos generales, no se dirige directamente a Dios. En la clave cristiana, toda esta maravillosa poesía es “revelación” de alguna dimensión de los detalles de todo el drama de la vida terrenal de Jesús, que culmina con su muerte y su resurrección. En estos salmos, como por cierto también en los otros tipos de salmos, muchas palabras cuyo significado literal es claro en el contexto original en el que el salmo habría sido compuesto, ahora están transportadas. Me refiero a palabras como Jerusalén, Sión, Israel, que la tradición cristiana entiende referidas a la Iglesia o incluso al alma individual. *El monte Sión se alegra, las ciudades de Judá se gozan*, porque Cristo ha resucitado de la muerte y comparte su gloria con sus fieles seguidores (Sal 47[48],12).

Me refiero también a otros tipos de palabras: enemigos, guerras, victorias y derrotas. *Se levanta Dios, y se dispersan sus enemigos* (Sal 67[68],2). La resurrección es la victoria real en la única auténtica guerra: la guerra contra el pecado y la muerte librada por Jesús, el definitivo Hijo de David. *¡Señor, el rey se alegra por tu fuerza, y cuánto goza con tu victoria!* (Sal 20[21],2). Todas las imágenes y los conceptos clave del Antiguo Testamento están cantados en los salmos: la Alianza, el Nombre de Dios, el Éxodo, el Desierto, la llegada a la Tierra, el Templo y sus sacrificios. Todos estos son poemas para las “revelaciones” de los detalles del diálogo íntimo entre el Hijo encarnado y su Padre eterno, el diálogo finalmente establecido en la muerte y resurrección. Y nuevamente, tomando el camino entero de interpretación: todas estas palabras se encuentran en nuestros labios y el Espíritu Santo hace que se ajusten para describir también el momento presente de la existencia de nuestra comunidad y de cada una de nuestras vidas.

¡Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra! (Sal 8,2). Así canta Jesús a su Padre por toda la eternidad. Así canta la Iglesia en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en cuyo nombre hemos sido bautizados. Cuando Jesús fue bautizado, cuando los cristianos son bautizados,

La voz del Señor sobre las aguas, la voz del Señor es magnífica (Sal 28[29],3. 4). Cada cristiano escucha desde su interior lo que Jesús escuchó en su propio corazón: *El Señor me ha dicho: "Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy"* (Sal 2,7).

Como dije al comienzo, estas son estructuras o pautas que he llegado a emplear para dar sentido a estos antiguos textos pre-cristianos como un camino de oración en mi vida de cristiano. Todo el salterio puede ser revelación para nosotros a lo largo de estos lineamientos.

Jesús, en el último y más solemne día de la fiesta de los Tabernáculos, se puso de pie y gritó: *Ríos de agua viva correrán desde mi interior para el que crea en mí.* El evangelista Juan agrega que *Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él (Jn 7,39).* Entre otras cosas, estos son los ríos de la interpretación del Espíritu que podemos esperar cuando rezamos los salmos. Así, con la intuición de los poetas, podemos decirnos unos a otros: *aplaudan los ríos, aclamen los montes al Señor que llega para regir la tierra (Sal 97[98],8)* pues Cristo ha resucitado. ¡Verdaderamente ha resucitado!

Dirigir los salmos a Cristo

Hasta aquí he hablado de la tradición de interpretación desarrollada alrededor de una pregunta como: "¿Qué habría significado este salmo rezado en la vida terrena de Jesús?". Imaginamos a Jesús rezando el salmo a su Padre, y los cristianos tomamos su mismísima oración como oración propia nuestra, dirigiéndonos a Dios en el salmo junto con Jesús. Ahora me gustaría volverme hacia una tradición diferente de interpretación, que hasta este punto he dejado sin tocar: a saber, la de dirigir los salmos a Cristo. Las fuentes para mis reflexiones sobre esta dimensión de la tradición de interpretación son igualmente los escritores patrísticos y monásticos que han realizado comentarios, cuyo pensamiento a lo largo de estas líneas también he absorbido y hecho mío durante más de cuarenta años de cantar salmos.

No es cuestión de la necesidad de decidir utilizar una u otra línea de interpretación. Pueden usarse ambas a la vez, o primero una y después la otra. De hecho, san Agustín resume ambas tradiciones admirablemente en un único pasaje. Dice, "... cuando el Cuerpo del Hijo [la Iglesia] reza, no se separa de su Cabeza; y el Hijo mismo se convierte en *salvador de su Cuerpo (Ef 5,23)*, nuestro Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, que reza por nosotros y reza en nosotros, y a quien nosotros rezamos. Reza por nosotros como nuestro Sacerdote; reza en

nosotros como nuestra Cabeza; es a quien nosotros rezamos como nuestro Dios” (*Comentario sobre el Salmo 85*).

Tomemos ahora esa última frase del texto de Agustín. ¿Qué significa decir que en los salmos “nosotros le rezamos a Cristo como a nuestro Dios”? Esta corriente de la tradición genera una línea de interpretación bastante diferente a lo que vimos cuando imaginábamos a Jesús mismo rezando los salmos y a la Iglesia unida a Él en esta plegaria.

Si interpretamos los salmos en el sentido de “nosotros le rezamos a Cristo como nuestro Dios”, entonces se requiere un esfuerzo diferente en la interpretación. Ya señalé una aproximación que nos ayuda a tener en cuenta la estructura del salmo y así nos ayudará también en su interpretación. Decíamos que puede ser especialmente útil prestar atención en un salmo determinado a la pregunta “¿Quién está hablando a quién?”. Hablando en términos generales, indicamos que hay tres posibilidades. Ahora bien, esas tres posibilidades son aplicadas así: primera, la Iglesia (o el cristiano individual) está hablando a Cristo; segunda, Cristo está hablando a su Iglesia (o al individuo); tercera, la Iglesia anuncia la grandeza de Cristo y se levanta para cantar sus alabanzas. Estas son las pautas esenciales a las que se debe prestar atención. Pero, por supuesto, los salmos son poesía, y debemos someternos a los requerimientos poéticos si intentamos sacar provecho de su lenguaje. Tenemos que seguir los estados de ánimo del poeta inspirado y dar entrada a sus sorprendentes, incluso salvajes, imágenes. Todo esto nos da un acceso a Cristo que no podríamos obtener de ningún otro modo.

En un nivel muy básico, esta línea de interpretación llegó naturalmente a los cristianos desde un título de Dios que encontraron por todas partes en el salterio; concretamente, *Kyrios* en la versión griega del Antiguo Testamento, los Setenta (LXX); o *Dominus* en la traducción latina. Ambas traducían consistentemente el sagrado, impronunciable nombre de *Yahweh*, de la versión hebrea. Basta recordar el clímax del jubiloso himno cristológico de *Filipenses 2,5-11* para comprender cómo ese título repercutiría en los oídos o en la mirada cristiana: *y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor [Kyrios o Dominus] para gloria de Dios Padre (Flp 2,11)*. Luego, después de la clara decisión del Concilio de Nicea en el año 325 de que Jesús ha de ser comprendido como “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza que el Padre”, el hecho de dirigirse en la oración directamente a él como Dios, y de comprender que esto era lo que sucedía en las oraciones escriturísticas de los salmos, era, por lo menos, un desarrollo natural e inevitable.

Como sugerí más arriba, esta línea de interpretación, no impide ni excluye la tradición de la que hablé primero; concretamente, la evolución trinitaria más plenamente desarrollada de los salmos como expresión del diálogo íntimo entre el Padre y su Hijo en palabras humanas inspiradas por el Espíritu. Dirigir los salmos a Cristo es una línea complementaria de interpretación. Verdaderamente, ambas líneas pueden flotar juntas en una mente y un corazón bien ejercitados en los salmos y familiarizados con sus pormenores, sus giros y curvas. Pero ahora sigamos brevemente esa única línea de interpretación que escucha los nombres "Señor" y "Dios" y otros títulos divinos semejantes, como referidos a Jesucristo. En este camino, con los salmos, como dice san Agustín, "nosotros le rezamos a Cristo como a nuestro Dios".

Ejemplos de interpretación dirigiendo los salmos a Cristo

Un ejemplo privilegiado de tal interpretación es el salmo 44(45), que en su contexto histórico original es una canción de bodas en dos partes; la primera dedicada al rey, el novio; la segunda dedicada a la bella novia del hermoso rey. En clave cristiana, este es un salmo que canta el amor entre Cristo y su novia, la Iglesia, o su novia, el alma individual. El texto inspirado enseña a la Iglesia y al alma individual a ser audaz, tierna, ardiente en la forma en que se dirige a Cristo. Ella declara: *recito mis versos a un rey* y después exclama, *Eres el más bello de los hombres, en tus labios se derrama la gracia* (Sal 44[45],2-3). Con estas palabras, que fluyen de la poesía, expresa cuán hermoso se ha vuelto para ella su Señor encarnado, crucificado y resucitado y cuánto valora cada una de sus palabras. Sus atractivas parábolas, sus exhortaciones a la bondad y al amor, sus saludables advertencias, son la gracia que se derrama en sus labios.

La Iglesia necesita un rey así para su vida en el mundo, una vida que toda la Escritura y especialmente los salmos, le ayudan a comprender, entre otras formas, con las imágenes de lucha y guerra. En efecto, los cristianos siempre han interpretado tales imágenes, tan comunes y generalizadas por todo el Antiguo Testamento, no en un sentido literal de naciones y enemigos actuales, con quienes hay que pelear literalmente, sino que estas son imágenes de la batalla interior contra el pecado, *cuyo salario es la muerte* (cf. Rm 6,23). El pecado y la muerte son los enemigos últimos acerca de los que las Escrituras hablan tan a menudo. Y así con este salmo la Iglesia encuentra palabras para expresar su necesidad de la ayuda de Cristo en semejante batalla. De hecho, Él será la ayuda decisiva

para ella. *Cíñete al flanco la espada, valiente: es tu gala y tu orgullo; cabalga victorioso por la verdad y la justicia (Sal 44[45],4)*. ¡Qué bueno es alabar a Cristo y expresar que lo necesitamos con palabras como estas!

En la segunda mitad del salmo la Iglesia misma es abordada, no directamente por Cristo sino por el poeta inspirado, quien la instruye sobre cómo debería ser su relación con él, su nueva relación con él. *Escucha, hija, la urge, inclina el oído, olvida tu pueblo y la casa paterna (Sal 44[45]11)*. Y así nosotros aprendemos que para llegar al rey debemos dejar algo detrás. Es más, debemos dejar mucho detrás: lo que era nuestro antiguo modo de vivir, nuestro “pueblo” y nuestra “casa”. Pero entonces aprendemos algo asombroso. Esto nos hace hermosos para el rey. No solamente es Cristo hermoso para nosotros, sino que ¡nosotros somos hermosos para él! *Prendado está el rey de tu belleza, póstrate ante él, que él es tu señor (Sal 44[45],12)*. En este salmo, por lo tanto, se me enseña cómo llegar a Cristo atreviéndome a esperar que puedo ser hermoso para él. ¡Él es mi Señor! Le rendiré homenaje.

Tomemos ahora un ejemplo diferente de un salmo que muy naturalmente era dirigido a Jesús por los cristianos. Jesús dijo, *Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. (Jn 10,11)*. Con el Salmo 22(23) los cristianos pudieron cantar su alegría y gratitud por el sacrificio del pastor. Tienen a Jesús en su mente cuando dicen, *El Señor es mi pastor, nada me falta (Sal 22(23),1)*. Nada me falta porque Jesús no pudo haberme dado más que cuando entregó completamente su vida divina en la cruz por mí. Jesús habló de sí mismo como pastor, *Las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera..... las ovejas le siguen, porque conocen su voz. (Jn 10,3-4)*. Y yo canto, *En verdes praderas me hace recostar; me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas (Sal 22[23],2-3)*. Puedo pensar en las fuentes tranquilas como las aguas del Bautismo, pues de hecho, por medio de este sacramento el Buen Pastor realmente me ha conducido fuera del pecado y de la muerte y me ha proporcionado *las frescas y verdes praderas (Sal 22[23],2)* de una nueva vida en él.

Estamos utilizando la pregunta “¿Quién está hablando a quién?” para ayudarnos a advertir la estructura y los detalles de un salmo determinado. En la primera mitad de este salmo el salmista habla del Señor en tercera persona. Luego a la mitad del camino recorrido, es directamente al Señor a quien se dirige. Aquí hay un desplazamiento, que me lleva de cantar acerca de Jesús, a hablarle directamente a él. *Preparas una mesa ante mí enfrente de mis enemigos; me unges la cabeza con perfume y mi copa rebosa (Sal 22[23],5)*. Cuando canto estas palabras, ¿cómo no pensar en el banquete eucarístico, donde me doy un festín con

el propio cuerpo y sangre del pastor que se entregó por mí en la cruz? Pienso en la copa de su sangre que él me ofrece y exclamo, *mi copa rebosa*.

Las imágenes del salmo están inundando mi mente. Cuando digo, *me unges la cabeza con perfume*, pienso en la unción sacramental que me ha sellado y protegido cuando primero nací en Cristo y las unciones posteriores que me fortalecieron en la enfermedad. Es un banquete *enfrente de mis enemigos*. Mis enemigos son el pecado y la muerte. Ellos están siempre cerca mío, siempre amenazantes. Pero con esta oración aprendo a confiar en Jesús, mi pastor. Me vuelvo hacia él y le digo, *aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan* (Sal 22[23],4). Después de hablar directamente a Jesús, termino mi canción hablando de él: *habitaré en la casa del Señor por años sin término* (Sal 22[23],6). Yo estoy con él para siempre. Esta es mi oración. Esta es mi canción.

Cuando los cristianos se dirigen a Jesús con el título de *Kyrios-Dominus-Señor*, estaban haciendo mucho más que emplear un título reverencial para hablar de un hombre cuya enseñanza y ejemplo admiraban. En realidad estaban expresando que creían que Dios había resucitado al crucificado Jesús y lo había exaltado a su derecha, revelando la gloria divina de Jesús y llenando su otrora cuerpo muerto con esa gloria que era suya desde toda la eternidad (cf. *Jn 17,5*). Ya hemos mencionado la frase del antiguo himno...*toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre* (Flp 2,11). Podemos pensar también en la frase de san Pablo, *nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por el Espíritu Santo* (1 Co 12,3). Aquí también vienen a la mente las palabras del dubitativo Tomás cuando tocó las heridas del cuerpo resucitado de Jesús y exclamó, "*Señor mío y Dios mío*" (*Jn 20,28*). Jesús, como Señor resucitado y exaltado, Jesús como Señor y Dios: este es aquel de quien y a quien la Iglesia puede cantar tan elocuentes alabanzas en las palabras de tantos salmos. Sin duda estos salmos han sido compuestos finalmente por el Espíritu Santo, "que habló por los profetas", como dice el Credo, y sin quien nadie puede decir que Jesús es Señor.

Tomemos algunos ejemplos de salmos que expresan lo que yo describiría como alabanza cabal, exuberante. Con estos salmos la Iglesia, instruida por el Espíritu, canta a su Señor. *El Señor reina, vestido de majestad, el Señor, vestido y ceñido de poder* (Sal 92[93],1). Para los cristianos estas no son simplemente palabras vagas, lanzadas al cielo, hacia quienquiera que sea Dios. Estamos cantando directamente a Jesús vestido de majestad en su cuerpo resucitado y glorificado. Él está ceñido del poder de la vida eterna que se desborda de su cuerpo y salva en su mismísima carne a todos los que creen en Él. ¿Qué podría ser más grande que esto? ¿Quién podría ser más grande? *Más que la voz de aguas caudalosas, más*

potente que el oleaje del mar, más potente en el cielo es el Señor (Sal 92[93],4).

O de nuevo: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre, proclamad día tras día su victoria (Sal 95[96],1-2).* Un cántico nuevo, precisamente porque un nuevo contenido inimaginable ha sido introducido en nuestro mundo por la resurrección de Jesús. Todo en el orden creado ha sido transformado por ella. Por eso, *¡cantad al Señor, toda la tierra!* Todo lo que pasaba y estaba destinado a perderse en el mundo natural, es transformado en un cántico nuevo que sonará para siempre en la presencia de Dios. *Benedicid su nombre justamente porque fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble... (Flp 2,8-10).* Por eso, *benedicid su nombre.* Esta es la historia de la que jamás podemos cesar de hablar: *proclamad día tras día su victoria.* Esta es la historia que debe ser predicada hasta los confines de la tierra, como dice el salmo en el siguiente versículo: *Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones (Sal 95[96],3).*

Muchos salmos de esta parte del salterio pueden usarse para esta clase de alabanza exuberante. (Tengo en mi mente especialmente los Salmos 92(93)-99(100); pero, por supuesto, este tipo de alabanza está generalizado a lo largo de todo el salterio, y toda ella puede aplicarse al misterio de Jesucristo en el modo en que estoy indicando aquí). Una dimensión profunda de esto es el llamado a toda la creación a alabar al Señor. En clave cristiana, esto es precisamente así porque la resurrección de Jesús lo afecta no solamente a él como ser individual, sino que su energía y realidad ontológica irrumpe luminosa de repente sobre todo el orden creado, que de otro modo habría sido vencido irreparablemente por la muerte. Ahora ya podemos cantar, *retumbe el mar y cuanto lo llena (Sal 95[96],11)* y decimos esto porque Cristo ha resucitado de la muerte, y el rugido del mar es en consecuencia diferente para siempre. *Vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,* continuamos; los campos que proporcionarán el grano y el vino y el aceite para nuestro alimento corporal y que tendrán el privilegio de proporcionarnos también la materia para nuestros memoriales sacramentales de su salvífica muerte y resurrección (cf. *Sal 103[104],14-15*). *Aclamen los árboles del bosque, delante del Señor, que ya llega (Sal 95[96],12),* continúa el cántico, porque para el oído cristiano sensible, la madera no puede mencionarse sin pensar en “el glorioso madero de la cruz donde pendió la salvación del mundo” (cf. Liturgia del Viernes Santo).

Ciertamente uno de los salmos más fuertes que abarca la totalidad del cosmos en un cántico de alabanzas al Señor resucitado es el Salmo 148. Allí, pieza

por pieza, toda la realidad creada es llamada a alinearse para *alabar al Señor* por la gloria de su resurrección y sus consecuencias en todo el orden creado. El sol y la luna son llamados; las estrellas lucientes son convocadas; los espacios celestes y las aguas que cuelgan en el cielo. Toda clase de clima, montañas y colinas, fieras y todos los animales, y los pájaros que vuelan por el cielo, todos, son urgidos a unirse en esta alabanza. Pero ¿acaso esos elementos sub-humanos tienen palabras con las que pueden alabar al Señor? En realidad, sí. No palabras como las que provienen de las gargantas humanas, pero aun así, *En el principio existía la Palabra (el Logos)... Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe... Y la Palabra se hizo carne (Jn 1,1. 3. 14)* y, por lo tanto, hay un *Logos* en cada cosa creada, y la resurrección de la Palabra hecha carne lo despierta y lo hace capaz de precisión en su alabanza.

O como lo expresa san Pablo, *en él [Cristo] fueron creadas todas las cosas... y todas las cosas tienen en él su consistencia (Col 1,16-17)*. Y así, como el último versículo del mismísimo último salmo clama: *Todo ser que alienta alabe al Señor (Sal 150,6)*. Pero en realidad ahora todas las cosas respiran, las rocas, las piedras, las montañas, las estrellas, porque Cristo ha resucitado de la muerte. Parafraseando ligeramente el Salmo 103(104): si Jesús escondiera su rostro de su creación, todas las cosas habrían quedado desconcertadas. Si les retirara su aliento, morirían y volverían al polvo. Pero cuando les exhala su aliento, su Espíritu, desde su cuerpo resucitado, todas las cosas son creadas nuevamente, y renueva la faz de la tierra (cf. *Sal 103[104],29-30*). Y entonces, *Gloria a Dios [el Resucitado] para siempre, goce el Señor con sus obras (Sal 103[104],31)*. *Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre (Sal 102(103),1)*.

Este articulito es mi pequeño esfuerzo para expresar algo de mi maravilla y gratitud por el camino que continúo recorriendo, aprendiendo cómo alabar desde los salmos. Es mi cántico. A Cristo rezo, *Quiero hacer memorable tu nombre por generaciones y generaciones, y los pueblos te alabarán, por los siglos de los siglos (Sal 44[45],18)*.

Mount Angel Abbey
One Abbey Drive
Saint Benedict, OR 97373
U.S.A.